

César Martín Ortiz

Paso de contarlo

ALCANCÍA Relatos

El Hamlet

A Bego

Decía Georges Simenon en sus últimos años, y de esto hace ya algún tiempo, que no hay peste mayor que el invento del turismo. El invento del turismo ha conseguido uniformar el mundo de tal manera que ya no hay ningún lugar al que valga la pena ir, porque los rincones adonde no ha llegado con su occidentalismo superficial y su vulgaridad unánime es porque son infecciosos o tienen un clima imposible o la gente anda a tiros o no hay nada de nada. Pues bien, una de las variantes más detestables del turismo es el turismo interior, es decir, el que realizan los naturales de un país dentro de su propio país. Hay una incontable cantidad de majaderos ciudadanos que han oído las campanas de lo rústico y lo natural en los suplementos coloreados de los periódicos, y apenas tienen un par de días libres se apresuran hacia parajes remotos para dejar la impronta fatídica de su espíritu dominguero y corromper todo lo que tocan. Se argüirá que éste es el único modo de que el campo no muera, pero quizá sea preferible una muerte digna y lenta por deserción, por abandono, por soledad, que esta reconstrucción hortera de un campo que no existió nunca. Quizá mejor dejarlo morir, y que resucite, si es que ha de resucitar, de otra manera: con gente corajuda dispuesta a empezar desde abajo y no desde la alta hostelería falsificada.

Que vaya esto por delante para dejar bien establecida mi postura. Y aquí, mi mea culpa: yo fui una vez a uno de esos pueblos, atraído por una información que leí en un suplemento coloreado y que tuve que releer para estar seguro de que había entendido bien y de que mi mala vista y mi afición a la literatura no me estaban engañando. Decía que en el pueblo de R, provincia de B., se representaba todos los años en determinada fecha un Hamlet al aire libre, en la plaza mayor, en el que participaban todos los habitantes. Lo más extraño es que, según el suplemento, la cosa no era de anteaer, sino que se remontaba a más de cincuenta años, desde que cierto personaje, falangista de primera hora y crítico con Franco después de la guerra, fuera desterrado al pueblo en cuestión para que recapitase. El personaje, que debía de tener alguna sensibilidad, decidió montar un Hamlet con los elementos locales para no aburrirse tanto. La primera representación no debió de salir mal del todo y, como la gente se ve que recordaba al falangista con cariño o había adquirido un súbito orgullo artístico, siguió montando el Hamlet cada aniversario después de que el desterrado retornase al seno del Régimen.

Me dije que cincuenta años eran casi una tradición, casi una garantía de que no se trataba de un invento improvisado para atraer turistas. Llamé a varias agencias de viajes, oficinas de turismo y diputaciones. Empaqué mis sábanas antialérgicas, mi bálsamo oriental para las

durezas de los pies y mis calzoncillos térmicos, y después de dejarle a mi querido doctor Grijalbo nota detallada de mi destino y de pensionar a mi gato en casa de la vecina, una cincuentona tirando a gorda que siempre me sonrío de un modo repugnantemente equívoco, emprendí el viaje algo compungido. A la hora señalada para el Hamlet estaba en la plaza del pueblo con mi nueva gorra de pana, un termo de infusión de azahar para las emociones fuertes, un cojín hinchable y una manta que me prestaron en la pensión Petronila, donde me alojaba. Empezó por fin la representación y, para mi mayúscula y ofendida sorpresa, aquello no tenía nada que ver con el Hamlet. Aquello era un lío de paletos disfrazados que salían y decían cualquier cosa. Aquello era un disparate. Para colmo, ni siquiera sabían los nombres de los personajes, y en lugar de Hamlet, Horacio, Polonio u Ofelia, se hacían llamar, atrozmente, Casiano, Indalecio o Argimira. De pronto, me pareció escuchar la noble música de Shakespeare: uno de los actores, un hombre viejísimo, dijo: "Yo considero la ambición de tan aérea y ligera calidad que no es más que la sombra de una sombra". Si no me equivoco se trataba de Rosencrantz, pero no se puede montar un Hamlet sólo con un Rosencrantz y cuarenta cazurros que no se saben ni el papel. "¡Estafa!", grité, y recogí todos mis bártulos con la intención de volver a la pensión Petronila y tomarme un par de tazas de infusión de azahar. El resto del público, todos domingueros, ay, como yo, no parecía haberse dado cuenta de nada. La representación continuó hasta el final y desde mi cuarto escuché sonoros aplausos. La enseñanza media en España, obviamente, estaba tocando fondo.

Al cabo de un rato subió a visitarme un representante del ayuntamiento y me lo explicó todo: cada vez que uno de los actores se moría o emigraba a Alemania o se casaba o desaparecía del mundo social por cualquier causa, era sustituido por otro, pero aquellos individuos pensaban que tanto el papel como el nombre eran patrimonio del actor, no del personaje, por lo que no se atrevían a hacerle el feo de repetir sus palabras ni de llevar su nombre. Por eso usaban nombres inventados e improvisaban cualquier parlamento, respetando, eso sí, la cantidad exacta de palabras, los tiempos, las entradas y salidas; todo menos Shakespeare. Rosencrantz era el único superviviente del elenco original. Bendita sea su santa inocencia.

Flamenco

A Juanma Acquaroni

Paco Carmona, sentado en la cama de su cuarto de pensión, en calcetines, vestido con los pantalones grises del traje, la camisa blanca y la corbata de nudo aflojado, abre y cierra una navaja de afeitar de modelo antiguo como quien deshoja una margarita. Paco Carmona debió haber nacido en otra época, hace cien años, cuando un Madrid aburrido de sí mismo buscaba aires nuevos en Andalucía, y Andalucía, que siempre estaba allí, conocida de oídas, por mucha gente y de vista por muy poca, le prestó algo de su carácter fácilmente contagioso, y toda la flamenquería del sur se subió a hacer la capital. Eran los tiempos cantados por Manuel Machado, sevillano de Madrid, los tablaos y los colmaos, la golfería morena y los banderilleros fracasados, rehechos en cantaores, el jazmín y la manzanilla, los achares y las puntas de las navajas buscando sangre contraria junto a una celosía verde. Hace cien años Andalucía escribía en Madrid su propia leyenda exagerada del jaleo fácil y la tragedia recóndita y, aunque nada era verdad, ya se había hecho verdad en Madrid, porque Madrid da por hecho lo que hay y no se preocupa mucho de otras verdades o mentiras sin empadronamiento capitalino.

Pero setenta años después, cuando nació Paco Carmona, Madrid también se había aburrido de lo andaluz, que sobrevivía malamente en una docena de sitios pintorescos del centro, casas regionales, maltrechas academias de baile, peñas taurinas y distribuidoras de vinos : una Andalucía ajada y discontinua que ya era cosa de tronados y de gente rara. Madrid, fuera de aquellos reductos que apuntalaban sin fe un ideal muerto, era una ciudad donde incontables hombres vestidos con camisolas deportivas empujaban cochecitos con niños, cargaban bolsas de compra y soñaban con irse a vivir a las afueras: lo que se entiende por una ciudad moderna. Paco Carmona había nacido cerca de la calle de Toledo, donde el efluvio del andalucismo añejo sobrevivía con algo más de tesón que en otras partes, y allí, de niño, debió de captar algo de ese efluvio, quién sabe en dónde, en la chaqueta cruzada de un apoderado taurino, en un sombrero ladeado, en el anacrónico clavel de una solapa, en un deje que le pareció definitivo, y tuvo el talento de sintetizar aquellos rasgos sueltos en la visión de un estilo, y la idea buena o mala de hacer suyo ese estilo, de construir su juventud sobre el patrón de ese estilo. No le hizo falta calcar procederes: una vez que interiorizó el meollo significativo de aquel modelo de hombría que él tuvo por superior, los detalles se dieron por sí solos. Fue aquello una transfiguración espiritual de las recomendadas por los hombres de religión, que siempre las buscan por caminos sublimes y así es difícil que las encuentren. El Paco Carmona renacido encontró su sitio y la organización de su vida en aquel flamenquismo vestigial pero no muerto del todo, y en pleno centro de Madrid y a las puertas del siglo veintiuno, vivía, como quien dice, en otro mundo.

Representaba a alguna incierta promesa del cante o del baile, redactaba crónicas para un boletín nostálgico que se distribuía a los emigrantes y, en sus momentos de intensidad estética, inventaba coplas para cantar por lo jondo. Como esto no le daba para vivir, ejercía el

corretaje profesional de finos jerezanos, lo que le mantenía en el ambiente, y hasta el más mínimo detalle de su vida se ajustaba como un guante a la vieja mística del sur. Vivía de pensión porque no era de recibo que un hombre como él tuviese que encargarse de cosas como hacer café o estirar las sábanas ; vestía siempre trajes cruzados y zapatos de tafilete fino, y le parecía ridículo ver por las calles a hombres hechos vestidos como niños o como futbolistas; Fumaba con mechero de gasolina, escribía con pluma fuente, su reloj era de cuerda y sus pañuelos, de batista delicada, sobresalían en pico por el bolsillo pechero del traje, bien almidonados por la huéspedada.

Paco Carmona no tenía novia ni esposa, pero sí querida. No una amante ni una pareja ni una relación, como se decía estúpidamente ahora, sino una querida. Una esposa era algo trascendente, una inversión muy seria, y el de novia era un concepto apenas un poco menos grave y comprometido. Una querida, en cambio, suponía el único tipo de arrimo carnal aceptable para un hombre como él, que tenía aprensión de las putas de ahora, todas podridas por dentro, y en cuya noción de las cosas no entraba la castidad. La querida de Paco Carmona se llamaba Dolores Corchero, Lola la Tormento en el mundo del arte, tenía veintisiete años, unos brazos gruesos y succulentos y una leve humedad sobre el labio superior, que expurgaba de bozo periódicamente con tiras de cera. Se citaban en habitaciones alquiladas, como era preceptivo, y él le hacía algún regalo, nunca dinero, y ninguna promesa. Y ahora, lo sabía fijo, ella se estaba viendo con el Gamba, un guitarrista joven, un gitano de melena enrulada y generalmente afeminado; y Paco Carmona, sentado en la cama, abre y cierra la navaja de afeitar. La cierra y es un cornudo irrisorio con jersey rojo y bolsas de la compra y un apartamento hipotecado a veinte años, un pelele más de los que atascan Madrid. La abre, se mira serio en el espejo de la lámina de acero, recrea la yema del pulgar en el filo peligroso, y es otra vez él.

Paso de contarlo

A la mesa uno del "Freddo"

Yo es que ya paso de contarlo. Paso de contar lo de esas dos chicas, que ya sólo queda una. Yo antes escribía cuentos y me inspiraba en la vida real, como todo el mundo que escribe cuentos, y también en mi propia fantasía, porque si yo llego a enterarme de quiénes eran aquellas dos chicas que se parecían como hermanas y que siempre iban juntas y no hablaban con nadie, si yo llego a preguntar a la gente y a indagar y a lo mejor a hacerme amigo de ellas, entonces me enteraría del misterio de las dos chicas y no lo escribiría, o si lo escribiera ya no sería un cuento sino un reportaje, un documento, una biografía o como quiera llamarse; es decir, sería una repetición, una duplicación de la vida y para mí ya no tendría ningún interés escribirlo. Lo bueno de los cuentos, lo que a mí me gustaba de escribir cuentos era, por ejemplo, fijarme sin querer en aquellas dos chicas que se parecían, una algo más alta y de más formas, la otra más menuda y delicada, que paseaban solas por la Calle Nueva y giraban en el Kiosco, y luego por la travesía hasta el Casino, y otra vez por la Calle Nueva, las veía pasar una docena de veces las noches de sábado desde la terraza del "Freddo"; fijarme en ellas, que siempre vestían parecido, si una llevaba vestido, la otra también, si una llevaba pantalones, pues pantalones las dos, y luego inventar, recurrir a la fantasía e inventarles sus vidas desconocidas sin que nadie me informara, pero es que ya paso de contarlo. Ya me aburro de escribir cosas como que las dos eran rubias, pero nunca del mismo tono, y que parecían rivalizar en sus tintes rubios, que se cambiaban cada semana o cada poco, y siempre los llevaban algo distintos, más o menos dorados, pajizos, platino, tirando a castaño o a rojo, siempre con tonos distintos la una de la otra, pero nunca muy alejados, lo mismo que sus ropas, parecidas sin ser iguales, como si ninguna de las dos se atreviera a cultivar una personalidad demasiado individual y ambas hubieran decidido mantener el mismo estilo, ser dos variantes mínimamente diferenciadas del mismo tipo femenino, una en delicado y espiritual, la otra más obviamente mujer, más esplendorosa y sensual, para no atraer al mismo tipo de hombre y para que esa sutil diferencia que se empeñaban en establecer les destinara un modelo distinto de galán a cada una y así no hubiera rivalidad entre hermanas, porque se parecían tanto que tenían que ser hermanas. Ya me aburro, ya paso de inventar cosas, dramas, dolores escondidos, vidas aparentemente apacibles y domingueras, siempre de estreno, con el monederito en la mano y las pulseritas de plata y alguna de oro, con los tintes capilares siempre novedosos, y luego, cada una sola con sus pensamientos solitarios y su desdicha oculta y su almohada húmeda de lágrimas. Para qué. Para que me digan que el estilo es bueno pero la historia es triste, o que el estilo es triste y la historia también. Paso de contarlo. Quién quiere cuentos ya, a quién puede importarle que parecieran unas chicas de familia porque siempre iban finas y bien puestas y no tenían aspecto de trabajar en la conservera ni de dependientas ni en ningún otro sitio, pero nunca se sentaban en una terraza, como todo el mundo en verano, y me da una pereza infinita inventar que no tenían un duro y eran pura fachada, que ellas mismas se hacían los modelitos y los tintes, y que sus pequeñas joyas y relojes eran del bazar de Zaid y no valían nada, y que por eso nunca se sentaban en las terrazas. Si todavía tuviera ganas de escribir cuentos o novelas y de inventar historias, inventaría que aquellas dos hermanas no pensaban que hubiera que hacer otra cosa más que pasearse arriba y abajo, fingiendo que la gente no existe, para encontrar el amor romántico, instantáneo y para siempre, y que cualquier paso que ellas

dieran, o cualquier indicio de que lo estaban esperando, no haría más que malograr aquella escena de perfección ideal que llegaría en cualquier momento, aunque pasaban los años y no llegaba nunca, pero cómo no iba a llegar si ellas eran bonitas y femeninas y tenían un conocimiento idealizado y solitario del amor y todos sus matices. Y ahora de pronto sólo hay una, sólo queda una de las hermanas, la más pequeña y delgadita, aunque probablemente fuese la mayor en edad porque siempre andaba más segura, como más resuelta, como si tuviera más autoridad o predominio; o a lo mejor sólo era esa seguridad propia de las mujeres bajitas, que siempre parecen saber muy bien adonde van. Pero lo mismo eran mellizas, o eran al contrario, yo qué sé. Yo es que ya paso. Casi veinte años que llevaba viéndolas a las dos y ahora resulta que no queda más que una, la más menudita, con la misma figura de siempre y los mismos vestidos y zapatos y el bolsico y las pulserillas y el pelo rubio platino, pero su cara pequeña ya va un poco arrugada porque debe de andar por los cuarenta aunque de lejos parezca una chiquilla, una chiquilla que se ha quedado sola porque su hermana era más frescachona y tenía más pecho y más de todo para gustar a cualquier hombre, y el hombre que a ella le hubiese correspondido, el galán capaz de amar su fragilidad y las venitas azules de sus manos pálidas no llegó nunca, quizá porque no existen galanes así en el pueblo, o porque no existen en ninguna parte, y ya estoy inventádomelo todo otra vez, y es que ya paso.

Cielos de Velázquez, cielos de El Greco

A María Jesús Manzanares

De pequeño aprendí a identificar los cielos de Velázquez y los cielos de El Greco en las ilustraciones de los libros de Gregorio Marañón que había en casa. En casa se apreciaba mucho al doctor Marañón porque mi padre también era médico y el doctor Marañón era una especie de fetiche para todos los médicos, una prueba de que se podía ser médico sin ser sólo médico o siendo algo más que médico. Los médicos siempre han sufrido en su soberbia al pensar que no saben más que medicina, y esto no tendría nada de humillante para cualquier otro profesional, pero en la época de la juventud de mi padre, o quizá en la de los maestros de mi padre, estaba muy extendida una máxima según la cual los médicos que sólo saben medicina ni siquiera saben medicina. La máxima cundió, ya digo, porque quienquiera que fuese su autor supo acertar con ese timbre paradójico y algo desafiante, o chulesco, que no les da más verdad a las máximas, pero sí más aire de verdad y más éxito en el recuerdo general. Lo que tal vez no aspiró a pasar de frase ocurrente, o fue cierto en un contexto efímero, se convirtió en verdad universal gracias a lo atinado del desplante expresivo, es decir gracias a la poesía, y aquí tenemos a los médicos como mi padre preocupados por no entender más que de medicina, y por tanto ni de medicina, y leyéndose los libros del doctor Marañón, que entendía de muchas y muy diversas cosas.

Había libros de bolsillo de la colección Austral, como el de Don Juan y el de Enrique IV el impotente, a quien por cierto yo, desconocedor del sentido específico de la palabra impotente, aunque no del genérico, imaginaba como un pobre hombre al que todo le salía mal, por manazas. Éstos eran los libros que compraba mi padre para leer, pero aparte estaban los de lujo, de tapa dura y gran tamaño, con ilustraciones y brillantes sobrecubiertas satinadas, que por lo general provenían de regalos. En aquel entonces siempre se quedaba bien con un médico regalándole una edición cara del doctor Marañón, quien nos avizoraba desde la foto de la solapa con sus cejas masculinas, su pelo de Carlos Gardel y su traje de lino elegantemente arrugado, como para dar a entender que él no era un petimetre.

Y en estos libros fue donde yo aprendí que hay cielos de Velázquez y cielos de El Greco, que por otra parte es todo lo que sé sobre cielos. Los cielos de El Greco son esos que tienen nubarrones negros desgarrados en los bordes, como trozos de cartulina rotos de cualquier modo por una persona de carácter irritable; cielos tremendos, de mucha circunstancia y escenografía pavorosa, a los que uno imagina en constante torsión, revolucionados por vendavales impetuosos que zarandean a las nubes y de cuando en cuando dejan asomar un rayo de sol que, lejos de dulcificar el espectáculo, nos lo hace aún más agorero. Son cielos de gran altura, necesitados de ocupar mucho terreno, doblemente tremebundos por su formulación impresionante y por su grandor; cielos que siempre prefieren organizarse sobre paisajes quebrados y despeñaderos rocosos que les hacen un poco de réplica o de imagen simétrica, y que sobre una llanura castellana, por ejemplo, donde no existe el vértigo de las honduras, nos causarían inmediatamente un vértigo de altura y tendríamos que ir cabizbajos para no marearnos.

Los cielos de Velázquez son esos otros cielos con mucho matiz tornasolado de rosa, verde, malva y naranja, con alguna nube estéticamente dispuesta, nubes blancas como estelas medio borradas, como recuerdos de estelas, y todo ello envuelto en un aire lejanísimo en el que flota un polvillo dorado que es el de los caminos manchegos y las ferias y las verbenas rurales de antaño que todavía no se ha posado. Los cielos de Velázquez son cielos de atardecida y esencialmente madrileños, aunque pueden contemplarse casi en cualquier lugar del mundo, si bien con algunas condiciones. Son como una coagulación súbita del ajetreo cromático y térmico de la tarde, como un retrato que la tarde se hace a sí misma cuando se cansa de tanta faena y el aire de la sierra vecina la deja como respingada y sin saber para dónde tirar. Por eso, una sierra cercana es necesaria, o muy conveniente, para que haya cielos de Velázquez, porque es ese airecillo frío de la sierra el que los paraliza en una pose lo bastante larga como para que Velázquez pudiera pintarlos del natural. El Greco se ve que los pintaba de memoria.

Y esto es todo lo que sé sobre cielos, porque soy un autodidacta de los cielos y nadie se tomó la molestia de enseñarme a distinguir otros. Luego he visto en libros de arte los de Gainsborough o los del Canaletto, que me han gustado, pero ahora ya es tarde: los diversos tipos de cielos deben aprenderse en la infancia, en caso contrario siempre parecerán un saber postizo y pedantesco, sin arraigo en la vida de uno. Dos cielos no es mucho, pero puedo asegurar que a lo largo de mi vida los cielos de Velázquez y de El Greco me han servido para salvar una conversación con alguna señorita y para iniciar a mi hijo desde pequeño en este terreno como otros padres inician a sus hijos en la micología. O simplemente para decirme, cuando estoy solo como ahora: mira, un cielo de Velázquez ; hombre, un cielo de El Greco.

Dinero virtuoso

El khan de cierto khanato perdido entre las montañas del Asia central había tenido una nodriza china y este hecho le había convertido en una persona escrupulosa y de ideas singulares. Prestaba una metódica atención a todo cuanto tocaba su cuerpo o sus vestiduras, que siempre mantenía en perfecto estado de pulcritud, y vigilaba, a través de un gabinete de eunucos y funcionarios, cada uno de los enseres del palacio para asegurarse su perfecta limpieza. Algo que le causaba especial repugnancia, y que siempre se abstenía de tocar, era el dinero; era imposible saber qué manos impuras habían tocado los denarios de los impuestos o de las ofrendas a los dioses, los treinta mil dioses de los hinduistas, el Dios único de los mahometanos o los ancestros a los que rendían un vago culto los budistas más ignorantes, pues tenía súbditos de estas tres religiones y todos convivían en armoniosa vecindad. El khan se estremecía de repugnancia al pensar en manos sudorosas de enfermos, manos sangrientas de matarifes, manos contaminadas por los humores viles de cuerpos sucios, pero aún le repugnaba más el pensamiento de la suciedad moral de aquellos denarios : ¿cómo se podía servir adecuadamente al khan o a la buena política religiosa con monedas provenientes del comercio de opio, de la prostitución o de las apuestas ilegales en el juego del parchís, verdadera lacra del khanato? Su nodriza china, con vagas sonrisas y una soterrada ironía, le había hecho descreer de cualquier entidad sobrenatural, y el khan, aunque participaba en todo tipo de ceremonias religiosas y las consideraba muy necesarias para la buena convivencia, era profundamente ateo. Por tanto, no se encomendó a ningún espíritu imaginario para resolver el problema de la suciedad del dinero, sino que se entregó al dyana, o zazhen, durante cinco días seguidos, en los que no abrió los ojos ni durmió ni probó bocado alguno ni aun agua. Una vez conseguido el vacío interior, la verdad se le mostró resplandeciente.

El khan decidió acuñar dos tipos de monedas con el mismo valor : los denarios virtuosos, acuñados en la forma redonda del Tao, el universo y el pecho femenino, dulce fuente de la vida, y los denarios pecaminosos, de forma cuadrada, que es una forma desusada en la naturaleza y que expresa a la perfección la impía violencia que la malicia de los hombres ejerce sobre la madre de todo lo existente. Los denarios virtuosos y los pecaminosos tendrían diferentes usos: sólo sería posible apostar, comprar opio o pagar a una concubina con los cuadrados, y en denarios cuadrados deberían ser retribuidos todos los salarios y transacciones de esos abyectos comercios. Por otra parte, sólo sería posible comprar ropas, alimentos, sacrificar a los dioses o pagar impuestos con los redondos. Los dos tipos de moneda no serían intercambiables, bajo la pena de decapitación que un celoso cuerpo de policía e inspectores y un magistrado especial de delitos monetarios se encargarían de aplicar sin misericordia.

Durante los primeros tiempos de la nueva política monetaria hubo una sensación general de desconcierto y hasta de pánico: el proxeneta o el comerciante de opio necesitaban adquirir alimentos, pero las tiendas de alimentos no aceptaban denarios pecaminosos. El trabajador honrado, que cobraba en denarios virtuosos, no podía permitirse ninguna expansión con mujeres, droga o parchís, puesto que no disponía de denarios cuadrados para pagar ni se le

permitía adquirirlos mediante el cambio. El descontento se generalizó: hubo hambre, desesperación y hasta suicidios, pero el khan, inmutable, recordaba a su nodriza china. Ésta, cuando él era un niño, le decía: "Eres el más pobre y ruin de los hombres". El pequeño príncipe lloraba y protestaba: "No lo soy ; soy rico y virtuoso". La nodriza insistía: "Eres el más pobre y ruin de los hombres", hasta que el príncipe, resignado y ya sin lágrimas, aceptaba esta verdad misteriosa y era entonces cuando la nodriza le decía: "Eres el más rico y virtuoso de los hombres". El khan recordaba este juego porque contenía cierto sentido profundo que la nodriza nunca le explicó, pero que siempre le había hecho desconfiar de los términos absolutos y saber esperar a que las cosas hallaran su propia armonía.

Al cabo de poco tiempo los comerciantes de oficios viles se vieron obligados a pluriemplearse en un oficio respetable, aunque fuese duro y de media jornada, para obtener monedas redondas y poder comer; mientras que los trabajadores honrados, si es que querían alegrar su vida mísera con un pasatiempo poco digno, tuvieron que realizar alguna función accesoría en el mundo del placer que les proporcionara denarios cuadrados. Ahora el khan estaba seguro de que en su khanato no había nadie absolutamente vil, ni tampoco de tan gran virtud que corriese el riesgo de olvidar la ponderación que la naturaleza de las cosas nos enseña.

Cine de verano

A los amigos del cineclub "El Gallinero"

No, sala de cine no había en el pueblo, le dijeron, y Jorge, que acababa de tomar posesión de su plaza de funcionario, se puso a maldecir para sus adentros la televisión, los videoclubes, la incultura creciente y la tacañería de su padre, castellano viejo que le cerró el grifo de las pesetas cuando consideró que tres años en Madrid preparando oposiciones eran más que suficientes. Las ganó aquel mismo año del ultimátum porque no tenía otro remedio y le dijo adiós a Madrid y al cine. Jorge no es que no estudiara, pero lo suyo era principalmente ir al cine, a los estrenos de la Gran Vía, a las salas pequeñas con su aureola cultural, o elitista, como dirían algunos: Alphaville, Renoir... Y también a las reposiciones en salas de barrio y a los ciclos de la Fílmoteca, y hasta una vez se apuntó a un maratón de cine de terror en el Ideal, donde por el precio de una sola entrada se podía ver una docena de películas seguidas, a cual peor. Y ahora le decían que en el pueblo no había sala de cine, pero ahora que caigo, cine de verano sí que lo hay, claro que no abren hasta julio. Y hasta julio quedaban ocho meses interminables que Jorge sobrellevó como pudo gracias a la odiada televisión, a las cintas de vídeo compradas por catálogo, porque ni videoclub había en aquel agujero de dos mil habitantes, y con escapadas a la capital de la provincia los fines de semana, hasta que un día por fin fue julio.

El cine de verano estaba a las afueras del pueblo, sobre una colina llena de pinos y eucaliptos que refrescaban el aire bochornoso. Era un cercado enorme, probablemente una antigua discoteca o pista de verano, porque contaba con una larga barra de bar, protegida por un tejadillo, e infinidad de mesas metálicas y sillas entre parterres, muros blancos con hornacinas y espacios reservados con celosías de madera y matas trepadoras de celindas y jazmín que, en los tiempos discotequeros, debieron de cumplir una función de intimidad fragante y dichosa. El sitio era grandioso, realmente. Jorge calculó con un vistazo que allí podrían caber perfectamente los dos mil habitantes del pueblo. Al fondo del todo se alzaba la pantalla blanca, tensada con vientos en un bastidor metálico. Jorge pidió un cubalibre en la barra y ocupó su silla y su mesa.

La película anunciada era El último emperador, del italiano Bertolucci: una superproducción histórica de las que ya no se hacían, larga, caudalosa y poblada por miles de chinos auténticos. Jorge vio con sorpresa cómo el público afluyó al recinto en masa, como si en aquel pequeño pueblo hubiera una sed de cine semejante a la suya, insatisfecha por los mezquinos poderes locales. A ojo, sí que estaba allí todo el pueblo, dos mil personas cabalmente contadas, pero a Jorge le resultó muy extraño no conocer a nadie, a pesar de que por su pequeño despacho habían pasado casi todos los vecinos más de una vez. Y no menos curioso era el hecho de que todos los espectadores estaban entre los veinticinco y los cincuenta, más o menos, y la mayoría eran parejas, algunas con niños pequeños. ¿Dónde estaban los viejos, los adolescentes, las pandillas de chicas y chicos, la gente solitaria? O el local era más pequeño de lo que parecía, o él había calculado mal.

El siguiente fin de semana programaban El regreso de los muertos vivos, de la que Jorge no tenía ninguna referencia y que supuso sería una mala secuela del clásico de Romero. Nuevamente, con su cubata y en la que ya había decidido que era su mesa de costumbre, vio cómo el local se llenaba de público, pero habría podido jurar que allí no estaba ninguno de los espectadores de la sesión anterior: ahora eran todos adolescentes de entre trece y veinte años, abastecidos con enormes bolsas de palomitas, ruidosos y fanfarrones. ¿Realmente había tantos jóvenes en el pueblo? ¿Dónde estaban entonces sus padres? ¿Dónde se escondía tanta gente los días de diario, si el pueblo, en julio, parecía tan despoblado como en enero? Jorge se propuso tomar nota en adelante de aquel fenómeno, y en la siguiente sesión, la delicada y majestuosa King Lion, de Disney, contó dos mil bulliciosos elementos de entre cuatro y doce años, y en la del siguiente sábado dos mil espectadores de Esta voz es una mina, ninguno de los cuales bajaría de los cincuenta y tantos. Jorge no se limitaba a contar cabezas o sillas ocupadas, sino que, cada vez con mayor intriga, escrutaba rostros y hurgaba vanamente en su memoria en busca de alguno que le resultase familiar. ¿Cabían más de diez mil personas en aquel pueblo?

Casi le dieron ganas de reír históricamente, de sucumbir a un ataque de nervios, cuando el siguiente sábado empezó a afluir el público de Tierras de penumbra, la gran película de Attemborough interpretada por Anthony Hopkins y Debra Winger. Era gente de toda edad, pero sin duda aquí estaban los que habían faltado a las anteriores sesiones: los solitarios, los que no tenían pareja ni amigos, los que guardan como un tesoro la memoria sentimental de una película que es su película, los que aman para siempre y no saben vivir en el horror ordenado de una familia. Una muchacha le pidió permiso para sentarse a su mesa porque ya no había más sitio. Jorge la miró de reojo y la vio llorar tres o cuatro veces a lo largo de la proyección, y vio sus ojos enrojecidos al encenderse los focos discotequeros. Le propuso tomar una copa y ella accedió; hablaron durante el resto de la noche, de cine, de todo, pero ella no permitió que después la acompañara a su casa. Jorge miró alejarse la esbelta silueta de la chica por una calle en penumbra, por una tierra en penumbra, y supo, con la lucidez despiadada que algunas veces la suerte concede a algunas, pocas, personas, que ella era la mujer de su vida. Después miró el programa con las películas de los siguientes sábados: Terminator, Torrente, La salchicha peleona, y supo con idéntica claridad que no volvería a verla nunca.

Incierto destino

El café está en una de las calles comerciales de la Baixa conimbrigense, las que discurren paralelas al curso del Mondego, al pie de las faldas de los cerros sobre los que se asienta la ciudad. El café es el más hermoso café del mundo: es la nave de una iglesia gótica, de un gótico tardío, quizá algo manuelino, o florido, como dicen algunos manuales. Las complicadas nervaduras de las bóvedas, que sostienen el techo a una altura escalofriante, se van reuniendo en haces apretados que se arraigan en los pilares de los muros. Hay un zócalo de madera oscurecida, de la altura de un hombre, con repisa para dejar los sombreros y un espejito cuadrado, brumoso, cada tantos metros. Este zócalo afianza la intimidad del café y nos aísla del contacto visual con la piedra labrada. Este zócalo es el hallazgo genial del café, es la discreta profanación, es el reducto de lo humano entre tanta piedra divina. Si no alzamos los ojos estamos en un café cualquiera, sentados en el velador de mármol con dos tazas de café y dos copas de bagaco; si levantamos la vista por encima del zócalo nos quedamos algo sobrecogidos ante el ingente espacio desaprovechado y el fantástico trabajo de cantería. Una cosa así sólo se hace en honor a la divinidad, y nosotros, que hemos sido educados en la religión, experimentamos algo de vergüenza por estar fumando y bebiendo alcohol en casa del Señor. Le comentamos esta impresión a Zé Augusto, y nos dice que podemos considerarnos invitados personales Suyos, es decir, ya muertos, juzgados y bienaventurados. Añade que si el cielo de los católicos fuese como el café, él estaría dispuesto a volver a creer y a seguir los preceptos con tal de merecérselo por la eternidad.

Zé Augusto, nuestro compañero de copa, cigarrillo y bienaventuranza, es un individuo romántico. Tendrá veintiséis o veintisiete años, que ya son años para un estudiante universitario. Zé Augusto va para estudiantón viejo, como se decía en España. Gasta melena rizada, bigote, perilla y gafitas redondas, con lo que su aire general es el de un poeta alucinado de finales del XIX. Es listo de inteligencia y le gustan las paradojas y el humorismo resignado. Venimos de comer en la cantina universitaria: caldo de verduras a la portuguesa, con su puré de patata y su rodaja de chorizo en el fondo del cuenco, filetes empanados con arroz blanco y mousse de chocolate. Todo excelente, abundante y por un precio absurdo. A la entrada del comedor los estudiantes van dejando sus portafolios en el suelo. Cien, doscientos, mil portafolios, todos iguales, porque en Coimbra todos los estudiantes llevan unos portafolios grises, de plástico rígido con conteras metálicas, como los que usan en España los viajeros y los hombres de negocios. Los van dejando allí en el suelo sin orden ni concierto y sin ninguna marca o etiqueta distintiva, nos hemos fijado bien. Luego, con la comida, nos hemos olvidado del extraño caso de los portafolios, pero en el café, con los vapores del aguardiente y sus curiosos efectos, nos acordamos e interrogamos a Zé Augusto : ¿Cómo se las arreglan para reconocerlos? ¿Es que nadie se confunde nunca, con todo ese lío de maletines iguales?

Zé Augusto alza las cejas y ensaya un ademán elegante, de fadista, con la mano del cigarrillo. Nos explica que, efectivamente, las confusiones son frecuentes; que no es raro llegar a casa, abrir el maletín y encontrarse con un contenido desconocido. Entonces, basándose en cualquier documento o apunte que haya en el maletín, hay que comenzar una peregrinación en busca de su propietario, de facultad en facultad. Claro que, dice Zé Augusto, sería rarísimo que el dueño del maletín que hemos cogido por error sea la misma persona que se llevó el

nuestro. Las probabilidades matemáticas se acercan a cero. El dueño del maletín que nosotros tenemos, a su vez, estará buscando al dueño del que ahora él tiene en su poder con la esperanza de encontrar el suyo, pero ese dueño estará haciendo lo mismo, porque su maletín se lo habrá llevado una cuarta persona, y así sucesivamente. Zé Augusto nos asegura que la principal actividad en Coimbra es la búsqueda del maletín perdido, en un enorme juego de persecución a múltiples bandas donde los pasos de miles de estudiantes se cruzan y entrecruzan en enrevesada maraña.

Pero bueno, decimos, tarde o temprano cada cual encuentra su maletín, ¿no es eso? Zé Augusto pone cara de escéptico y dice que no es frecuente, que, por lo general, la búsqueda del maletín perdido es infructuosa, pero que la gente, con tanto ir y venir, hace nuevas amistades, amores y hasta vocaciones: él mismo ha cambiado cinco veces de carrera, porque, claro está, hay que ir a comer todos los días, y el maletín erróneo también desaparece, y en su lugar nos llevamos otro, también erróneo, que nos lanza por otros derroteros distintos. Pero eso es terrible, exclamamos sin podernos contener, y Zé Augusto, pacientemente, nos explica que no, que así es mucho mejor, porque la vida se vuelve mucho más liviana y agradable cuando desistimos de moldearla a fuerza de voluntad. El empeño de construir la vida a golpe de esfuerzo, dice, es lo verdaderamente terrible; la responsabilidad de elegir y perseverar es demasiado pesadosa, destruye cualquier opción a la felicidad. Es demasiado duro soportar el peso de una vida entera sin la ayuda de un poco de azar. De hecho, dice, las raras personas que recuperan su maletín hacen todo lo posible por volver a extraviarlo, pues consideran una desgracia el verse obligados a tomar nuevamente el timón, y hay un acuerdo tácito en facilitar los extravíos, y la búsqueda del maletín perdido no pasa de ser una especie de danza simbólica. Por eso todo el mundo se compra el mismo modelo, por eso nadie los etiqueta ni los deja en lugares fijos, concluye Zé Augusto con una sonrisa astuta, y nosotros ya no sabemos si habla en serio o nos está tomando el pelo.

Fácil

Es fácil sacudir la pluma estilográfica antes de ponerse a escribir, porque las plumas estilográficas, a diferencia de los modernos rotuladores calibrados y los bolígrafos de tinta de gel o de punta cerámica, no ofrecen esa disponibilidad inmediata y esa regularidad mecánica, y su trazo es mucho más subjetivo y depende de la fuerza con que se apriete o del ángulo del plumín sobre el papel o del hecho de haber soltado un poco la tinta con algunas sacudidas. Estas sacudidas suelen provocar la aparición de unas gotitas de tinta sobre el papel, y es fácil, mientras el papel aún no ha empapado del todo la tinta y la tensión superficial de ésta la mantiene en forma de pequeñas cúpulas semiesféricas, sacarles a las gotitas unas patas de araña sin apretar el plumín, es decir, sin gastar tinta del propio depósito de la pluma; sacar ocho patitas a cada una de las gotas semiesféricas y dibujar de este modo tan simple media docena de arañas dispuestas en forma escalonada a lo largo y ancho de la hoja del cuaderno, y como la hoja del cuaderno ya se ha vuelto inservible para escribir nada en ella, entonces es fácil dibujar unas líneas rectas, verticales, que parten del dorso de cada una de las arañitas y llegan, paralelas, hasta el borde superior de la hoja del cuaderno, y esto es especialmente satisfactorio cuando, por ejemplo, dos de las arañitas han tenido el capricho de aparecer casi sobre la misma vertical, de modo que el hilo que parte de una de ellas debe atravesar a la otra arañita o por lo menos cruzarse con sus patas, y de este modo tan fácil se crea una ilusión de profundidad tridimensional que resulta muy linda de ver. Y cuando ya están los seis o siete hilos, tantos como arañitas, tendidos hasta el borde superior de la hoja, es fácil dibujar allí arriba las telas de las correspondientes arañitas mediante el procedimiento de trazar, desde un punto dado, líneas divergentes, como las varillas de un paraguas, y unir las mediante otras líneas curvas que serían la tela del paraguas, suponiendo que fuera una tela de rayas y no con otro tipo de decoración; y esto de dibujar las telas de las arañitas es también muy fácil, aunque quizá no para el principiante, pero sí para los que tenemos larga experiencia en reuniones, comisiones, conferencias, cursillos, seminarios y otras modalidades de trabajo en equipo que serían de un aburrimiento insufrible si no fuese porque en todas ellas le permiten a uno llevar pluma y papel - en algunas incluso te los proporcionan los organizadores - para dibujar arañitas e hilos de arañitas y telas allí arriba, en el borde de la página. Y cuando ya están dispuestas las telas y los hilos largos que utilizan las arañas para simular que en ese momento no están en la tela, y las arañas al final de cada hilo largo vertical, podemos observar que la página, aunque armoniosamente dispuesta, adolece de un cierto estatismo, y entonces es fácil dar unos pinchacitos suaves con la pluma, al azar, en torno a las arañitas y los hilos largos y las telas, de manera que formen una nube o constelación de puntos a los que luego es fácil dibujarles dos bucles y transformarlos en moscas dípteras que pululan por la página, convertida ahora, con esta facilidad, en un escenario natural en el que se desarrolla el drama de la vida de un modo dinámico. El dinamismo procede, más que nada, del hecho de que las moscas dípteras no están colgadas de hilo alguno sino revoloteando por sus propios medios, pero si esto no nos satisface por entero, es muy fácil incrementar el dinamismo dibujando unas comillas junto a las alas de las moscas dípteras y creando de este modo tan fácil un efecto de movimiento vibratorio muy real. Y cuando la página, cuando esa página inocente de un cuaderno escolar barato, resulta que es el escenario catastrófico del horror de la vida, donde unos seres existen para que otros se los coman, a despecho de sus emociones y de sus vidas privadas que les dan

felicidad o no, y a despecho de sus obligaciones familiares y de sus vocaciones y de su relevancia personal en el conjunto del todo; cuando resulta que esos seres, las moscas dípteras en este caso, con sus vidas interesantes, no son más que pura papilla alimenticia para las arañitas, que por otra parte nos empezaban a caer simpáticas, entonces es cuando se abre la puerta y entra nuestra querida compañera, la mujer a la que amamos, que se había ido con su madre a comprar una blusa, y nos pregunta, al vernos sumergidos en el cuaderno, si hemos trabajado algo, y entonces es muy fácil decir que sí, corazón, que hoy nos ha salido algo muy bonito.

Reformas

Cuando heredé la vieja casa de la abuela Servanda -tres plantas, en pleno centro del pueblo-, recordé los buenos momentos que pasábamos allí mi hermana y yo en nuestra niñez. Bien es verdad que olía un poco a cerrado y a moho; la abuela ya era mayor y no podía hacerse cargo por sí sola de la limpieza de aquel caserón. Mis padres se habían ofrecido a buscarle una asistenta por horas, pero el que una mujer extraña metiera las narices en su casa para figonearlo todo y después ir contándolo por ahí era algo que no cabía en la mentalidad de la abuela. Mi madre ya tenía suficiente trabajo con su propia familia, pese a lo cual conseguía sacar un par de horas los sábados por la mañana para adecentar un poco la casa, o al menos la parte que la abuela habitaba, que por fortuna era reducida.

La abuela murió hace más de treinta años y la casa pasó a ser propiedad de mi madre, quien cerró con llave después del entierro y no volvió más por allí que yo sepa. A la muerte de mamá la casa me correspondió a mí. Cuando conseguí encontrar la enorme llave, ya toda oxidada, y me fui a ver la casa para comprobar su estado, me llevé una sorpresa desagradable. El deterioro era enorme: el tejado se había hundido y la tercera planta amenazaba derrumbarse sobre la segunda. La ruina era total; era impensable habitarla durante el mes que pasábamos en el pueblo mi familia y yo sin acometer reformas de importancia, y yo no tenía dinero para hacerlas. Apurando un poco los ahorros contraté una cuadrilla de obreros para que retiraran al menos los restos del tejado y así alejar el peligro de hundimiento. Almacené en la primera planta las vigas de roble y las tejas árabes manchadas de liquen, que ahora alcanzan mayor precio que las nuevas. Pusimos una cubierta provisional de uralita, y ahí me quedé sin un duro. Si quería reformar la casa de abuela Servanda tendría que hacerlo con mis propias manos.

La idea de reformar la casa yo solo no era ningún disparate. Mi padre había tenido una pequeña empresa de albañilería, formada en realidad por él mismo y por un empleado eventual, y yo solía ayudarle en las vacaciones del instituto. No teníamos capacidad para construir una vivienda, pero sí para tirar o levantar tabiques, abrir puertas, arreglar fachadas y tejados, y ese tipo de reformas de mediana dificultad. Cuando salí del instituto, sin titularme, mi padre pretendió que yo trabajara con él a jornada completa. Me bastaron unas semanas para darme cuenta de la dureza de su vida; yo no quería pasar el resto de la mía de aquel modo, dejándome la salud bajo la lluvia y bajo el sol, como mi padre, que moriría de un derrame cerebral a los cuarenta y cinco años mientras trabajaba.

Me marché a Madrid a los dieciocho años y encontré una buena colocación en los almacenes de una compañía farmacéutica, donde al menos no me da el sol ni me mojo. Y también encontré a Merche. Tenemos un piso en Fuenlabrada con una hipoteca a cuarenta años, dos hijos, niño y niña, y un Seat Córdoba recién comprado que será nuestro dentro de cuatro años. Yo pensaba trabajar en la casa de la abuela durante el mes de agosto, que era el que pasábamos en el pueblo, en casa de mi hermana, y así lo hice durante el primer verano, hasta que despidieron a Merche de su trabajo. En su nuevo trabajo sólo le dan la última semana de agosto, de modo que tengo que quedarme en casa con los niños las tres primeras semanas de mis vacaciones: ella no quiere quedarse sola en Madrid y tampoco puedo pretender que mi

hermana se haga cargo de los niños: tiene también dos, de la edad de los míos, y uno recién nacido: un descuido, dice ella.

Me resigné a no poder trabajar en la casa más que una semana al año, hasta que en las siguientes vacaciones, el mayorcito mío, Rubén, se empeñó en ir a un campamento precisamente esa semana. Ahora tengo que perder un día en llevarle hasta allí y otro en traerle : me quedan cinco. Al año siguiente le detectaron un problema de lenguaje a la pequeña, Ainhoa: tiene que ir tres veces por semana a la logopeda, incluso en verano, y nos han insistido en que no pierda ninguna sesión. Su madre la lleva el mismo día en el que yo llevo a Rubén al campamento, nos vamos los tres al pueblo, pasamos allí un día y al siguiente me la tengo que traer a Madrid de nuevo; otro día en el pueblo y al siguiente la misma historia: vuelta a Madrid para la sesión de logopedia. Me quedan tres días, y salteados, para la reforma de la casa.

Tres días al año es muy poco, realmente poco, pensaba yo antes de que una de mis sobrinas, Soraya, se hiciera amiga en un cursillo de patinaje de una niña que vive en otro pueblo, cuyo cumpleaños cae precisamente en uno de mis días libres. Ainhoa se echó a llorar: quería ir al "cumple" de la amiguita de su prima. Merche no conduce, mi hermana tampoco y mi cuñado no podía llevarlas porque justamente esa fecha es la elegida por su cofradía para ultimar todos los preparativos de su fiesta patronal, preparativos que les ocupan el día entero. Pensé en llevar a las niñas al cumpleaños, dejarlas allí y volver a recogerlas al cabo de unas horas, horas que podría aprovechar para trabajar en la reforma, pero Ainhoa se echó a llorar otra vez: no quería quedarse sola. Allí había no menos de una docena de niños y varios adultos, pero mi niña quería que yo me quedara y no pude negarme. Dos días.

Uno de estos últimos años, al regreso de nuestras cortas vacaciones, noté disgustada a Merche. Quise saber qué le pasaba, si había tenido algún problema con mi hermana o mi cuñado, pero al parecer el problema era yo. Resulta que la fiesta de la cofradía de mi cuñado es el único acontecimiento social que tiene lugar en el pueblo durante nuestra estancia. Merche no entendía por qué yo me negaba a asistir dejándola a ella en evidencia, puesto que todo el mundo pensaría que era una orgullosa o una antipática. También se echó a llorar, y lo mismo qué con la hija me pasó con la madre, que me ablandé ante sus lágrimas y al año siguiente asistimos a la celebración de la cofradía, con misa, ofrenda, procesión, comida, sobremesa, pasacalle, subasta del santo, cóctel, cena y baile: el día entero.

Me quedaba un día al año para reformar la casa de abuela Servanda, justo el último de las vacaciones, cuando tuve el ataque. El médico me ordenó reposar dos horas después de comer y caminar otras dos horas cada día. Ahora bien, si invierto cuatro horas en los consejos del médico y siete en dormir, y sumo otras dos entre comida, cena, desayuno e higiene corporal, me quedarían once para trabajar en la casa, o eso creía yo hasta que mi cuñado, sin consultar conmigo, me apuntó a la peña de mus porque su compañero habitual se había dado de baja. Mi primera reacción fue negarme: las partidas de mus comenzaban a las cinco de la tarde, justo después de mi siesta, y terminaban pasadas las nueve, hora de cenar. Once menos cinco, seis: no, no podía ser de ninguna manera: ¿cómo iba a reformar yo solo una casa de tres plantas con seis horas de trabajo al año? Nuevamente intervino Merche: ellos nos hacían el

favor de tenernos en su casa esos días, no podíamos hacerles ese desaire. Tuve que apuntarme a la peña de mus y resignarme a las seis horas de trabajo anuales.

Lo que hacía era acostarme y levantarme temprano para aprovechar la luz al máximo, desayunar, caminar mis dos horas, cambiarme e irme a trabajar. Normalmente, a eso de las nueve ya estaba en el tajo. En casa de mi hermana se come tarde en verano, sobre las dos, porque las mujeres y los niños pasan toda la mañana en la piscina. Disponía, pues, de sólo cinco horas reales, porque la sexta - de diez a once de la noche- era la sobremesa de la cena y nunca he podido irme a la cama con el estómago lleno sin padecer fuertes ardores. Con cinco horas anuales las reformas eran casi imperceptibles, y muchas cosas se deterioraban por sí solas de un año para otro y era preciso rehacerlas, pero ahora cinco horas me parecen hasta muchas.

Merche le ha hablado del pueblo a una compañera suya del trabajo, le ha encomiado la belleza de la comarca y los múltiples atractivos que el turismo rural ha hecho surgir, y esa compañera ha logrado convencer a su marido para que pasen al menos un día en un hotel campestre, cerca del pueblo. Como Merche les ha contado lo de las sesiones de logopedia de Ainhoa, el cumpleaños de la amiguita de Soraya y la fiesta de la cofradía de mi cuñado, han decidido que el mejor día para venir es justo mi único día libre y, claro, tenemos que pasarlo con ellos, enseñándoles la zona. Afortunadamente no son madrugadores: se levantan a las nueve y media y durante el resto de la mañana nos vamos de excursión con ellos. De esa media hora me quedan quince minutos, pues necesito otros quince para cambiarme: dispongo de un cuarto de hora al año para reformar la casa de abuela Servanda. Merche dice que ya va siendo hora de que tengamos algo nuestro en el pueblo, que no podemos seguir toda la vida de prestado, que qué va a decir la gente.

1ª edición marzo 2004

César Martín Ortiz

Reservados todos los derechos de esta para

ALCANCÍA

www.alcancia.org

alcancia@alcancia.org

Grabado de cubierta y diseño gráfico: María Jesús Manzanares

Impreso en España/Printed in Spain

Depósito Legal: CC-80-2004

I.S.B.N.: 84-933494-1-0

Impresión: Gráficas Romero JARAÍZ DE LA VERA (Cáceres)